



Pedro Trigo

Violencia en los barrios

Los barrios son actualmente un mar de problemas. Pero el que más se siente y golpea es el de la violencia. Pareciera que es el sumidero de todos los problemas, su resultado o la evidencia de tantas anomalías, de tantas injusticias juntas. Trataremos de mostrar sintéticamente tanto las causas que están a la raíz de la violencia como sus manifestaciones y las alternativas en ciernes. Y de entrada hay que insistir que la mayor parte de los pobladores de los barrios no pertenecen al mundo de la violencia; son gente de paz. Y prefieren seguir padeciéndola antes que meterse en su macabra espiral. Hay que dejar asentado que la violencia es sufrida, hasta extremos intolerables, es bebida hasta las heces, por la mayor parte de los vecinos de los barrios. Para ellos es un problema externo, aunque esté tan próximo a ellos que los salpique y ahogue. Pero ellos siguen siendo gente pacífica, laboriosa y que, en medio de tanto horror, aún saben celebrar la vida.

1. CAUSAS ESTRUCTURALES

1.1. La madre de las violencias en nuestro país es que el pueblo sigue siendo los vencidos. La emancipación consistió en que los españoles americanos (los criollos) expulsaron a los españoles europeos y desde entonces se impuso sin contrapeso el "colonialismo interno". Los criollos y acriollados son los sujetos de derecho, tal como de hecho funciona en el orden establecido en el país. En estas condiciones la democracia se legitima por los servicios que graciosamente otorga el Estado al pueblo; no porque el Estado sea la expresión de la voluntad general y dentro de ella del pueblo organizado. Las organizaciones llamadas populares (partidos, sindicatos, organizaciones de vecinos...) no son expresiones de la organización del pueblo sino extensiones hacia el pueblo de la organización estatal con miras a servir de intermediarios respecto de la masa popular encuadrándola en sus lineamientos y proporcionándola sus servicios. Pero el orden establecido en la democracia no aspira al reconocimiento del pueblo sino que por el contrario está

encaminado, como las anteriores configuraciones políticas, a mantener al pueblo en su minoría de edad y de derechos. Hoy el pueblo (precipitado histórico de indígenas y negros y sus mezclas y de blancos de orilla) sigue siendo los vencidos y como tales no son sujetos de derecho ni se les reconoce como seres culturales. La esperanza que se les brinda es que, suicidándose culturalmente, es decir renunciando a su identidad cultural popular (indígena, afrocaribe, campesina, suburbana), puedan llegar un día por ascenso económico, a formar parte de la república criolla, como acriollados, como occidentalizados, como blancos honorarios, como clase popular en ascenso o incluso como clase media, asimilados al orden establecido y sujetos por tanto de derechos.

1.2. Los barrios actuales surgen por oleadas sucesivas de campesinos que configuran una época que podemos llamar de "las grandes migraciones", que cambian la geografía humana que se había configurado a lo largo de cuatrocientos años. Estas migraciones no son, como en Europa o en Amerindia, de pueblos sino de plebes. Y las ciudades no los reciben, ni siquiera los reconocen. Tampoco pueden asumirlos ni asimilarlos: la década del 60 evidenció el fracaso de la promoción popular tendente a integrar a la ciudad a los marginados de ella. Y ahí viven: ni llamados ni deseados ni aceptados. Esta es la segunda fuente de violencia estructural: la salida de los lugares de origen (porque no era posible vivir ya en ellos y porque la ciudad ofrecía una esperanza) y el hacerse un lugar en contra de la ciudad y en competencia con los otros migrantes, en el anonimato y la soledad, hostigados, lleva consigo una tremenda dosis de violencia que muchos no han podido soportar, y que ha cobrado en otros, para medio establecerse, un precio altísimo en niveles de existencia que han sido amputados o quedaron profundamente heridos. En todo caso la convivencia brusca entre gentes tan diversas, el cambio de piel acelerado, la existencia de un verdadero segundo mestizaje, la construcción de un mundo material y hu-

mano sin dirección ni organización y a partir del caos, cuesta mucha violencia, en gran parte violencia de vida, durísima pero positiva; pero también acarrea no poca violencia de muerte.

1.3. Hay además una terrible violencia en la falta de reconocimiento por parte de la ciudad de la cultura que emerge en los barrios. Para la ciudad, ellos no tienen entidad propia, son sólo ecos apagados y deformados de la ciudad: en los barrios viven los que aún no son o los desechados en la lucha por la vida, no los que son a su modo. Al erigirse la ciudad como metrópolis se incapacita para percibir la alteridad. Si ella es la medida, sólo cabe la asunción de sus patrones o la descalificación. Durante al menos dos décadas estos patrones eran propuestos como buenas costumbres, como buenos modales, como el proceder de la gente decente y como el modo de hacer de los que saben y se esfuerzan y tienen la llave del éxito. Los del barrio eran, por contraposición, groseros, balurdos, vagos, ignorantes, fracasados. Ahora la violencia es mayor porque ya el único paradigma de la ciudad es el éxito en la empresa económica, concebida como una lucha con los competidores. No hay una cultura sino un mercado de bienes culturales abierto al que tenga poder adquisitivo. Lo que no entra en el mercado no es reconocido. Y el que no entra en él para vender y comprar no tiene existencia social. Esta compulsión a entrar en el mercado es profundamente distorsionadora al desconocer la condición de creador cultural de la gente de los barrios en aquellos aspectos valiosos que no pasan por el mercado.

1.4. La cuarta fuente de violencia estructural en los barrios es el cambio impuesto en los patrones de desarrollo, un profundo cambio estructural para poner todos los recursos del país en función de entrar en las reglas de juego del Occidente mundializado plegándonos a las condiciones que se nos imponen. Si todo debe ir en función de la privatización de la economía y de la reconversión empresarial, eso significa que hay que sustraer la mayor cantidad posible de los recursos que antes se destinaban a los servicios populares y que hay que eliminar las trabas a las ganancias y los controles al mercado. El efecto de esta política es que a partir del año 79 se derrumba el poder adquisitivo de las clases populares. Y avanza la pobreza estructural. Respecto de los pobladores de los barrios significa que disminuyen drásticamente los puestos de trabajo, casi se quedan sin agua, sin salud y sin educación, la vialidad es un desastre, y a la vez todo lo que tienen que comprar sube por las nubes. El Estado se vuelve autoritario, aumenta la represión y

desaparece la seguridad. Nadie puede soñar en salir del barrio ni en entrar en el mundo publicitado. La violencia es el resultado de la conjunción de una disminución drástica de los recursos de los pobladores y un abandono de los servicios del Estado con la introyección de un imaginario que pone el valor de la persona en el consumo y la lucha de la competencia como el camino para llegar a él. El bombardeo televisivo y publicitario encandila y desvaloriza, y no hay esperanza de alcanzar el paraíso que entra por todos los medios masivos.

1.5. La droga es ya una causa estructural y endémica de la violencia en los barrios. Es claro que el consumo de drogas es efecto de todo lo anterior, ya que es un modo espúreo de dar salida a tensiones insufribles, de lograr alguna experiencia intensa y si es posible gratificante, de estar en algo, cuando uno no es nadie, está de sobra y hostilizado y no puede pensar razonablemente en un futuro. Pero no se puede sostener que la droga es efecto necesario de las causas susodichas. La droga entró en los barrios desde fuera de ellos. Antes de que metieran la droga en los barrios todos los problemas acumulados se procesaban o descargaban de modos a veces violentos, pero que en comparación con la violencia actual, parecen hasta inocuos e inocentes. La droga es la causa próxima de casi toda la violencia actual. Si no hubiera droga, seguiría la violencia, pero en una medida muchísimo menor y más proporcionada, previsible y procesable. Si no hubiera droga, la actuación de la policía sería más transparente; y no habría modo de financiar ni la tenencia de armas ni modos de vida absolutamente artificiales.

La droga es hoy por hoy la causa próxima más importante de la violencia en los barrios, en el doble sentido de que asaltan consumidores para obtener recursos para drogarse y matan porque no saben lo que hacen porque lo hacen bajo efectos de la droga, y en el de que se matan las bandas entre sí por problemas de distribución de drogas y bajo efecto de las mismas.

Es claro que la solución de este problema está fuera del barrio, y que no se resuelve porque en él están implicados tanto policías como políticos y hombres de negocios.

2. MECANISMOS

La conjunción de todas estas causas pone a funcionar una serie de mecanismos psicológicos a través de los cuales se rompe el equilibrio dinámico que permite que los problemas se procesen como retos a través de los cuales salimos superadoramente de nosotros mismos para

intercambiarnos positiva y creadoramente con la realidad que el sujeto recrea gracias a esta reciprocidad estimulante. Las causas susodichas provocan una quiebra en la que surge el cortocircuito de la violencia como pulsión no fácilmente resistible.

2.1. Un factor decisivo sería el derrumbe de las expectativas. La Venezuela abierta y confiada desde los años 40 al fin de los 70, tenía un soporte objetivo. Se basaba en la captación adecuada por parte del pueblo de que cada generación vivía mejor que la anterior, la situación era ascendente, y empeñándose duramente, habría lugar para ellos y sus hijos.

2.2. A partir del 79, cuando empieza a bajar el poder adquisitivo, las expectativas se ven sacudidas y al fin se derrumban. Al comienzo la gente se agazapa esperando que pasase la tormenta. Luego viene la



convicción de que la dirección de la historia ha cambiado de signo. Todo va hacia peor. Hemos retrocedido ya al poder adquisitivo de principio de los años 40. Pero si el presente es muy malo, el futuro se ve peor. Al suceder esto viene la frustración. En estas condiciones es muy difícil mantener una tesitura, una constancia, una creatividad, un proyecto de vida y un talante positivo.

2.3. Además de este problema antropológico de la pérdida de esperanza, está el de las tensiones acumuladas al tener que sembrar mucho para cosechar poco. Y al tener que soportar todo el tiempo el piso inseguro y el viento contrario. Estas tensiones llegan a hacerse intolerables y tienden a descargarse traumáticamente en diversos tipos de violencia: la autoviolencia de la degradación traumática y la que se extroyecta como agresión. Todo tiende a que la gente del barrio se convierta en una bestia o en una fiera, es decir que se deshumanice.

2.4. El problema se complica por causa de los modelos propuestos: ya no existe cuerpo social ni propuestas ideales sino un campo abierto para que en la lucha

económica individualista se llegue a la posesión de bienes económicos prestigiosos. La certeza de no poder llegar a alcanzarlos y el convencimiento de que los que los alcanzan no llegan a ellos por el trabajo honrado, abre el camino hacia la violencia horizontal.

2.5. El caldo de cultivo de todo esto son las condiciones infrahumanas de vida: casa, agua, luz, comida, salud, educación... La principal consecuencia de la desnutrición (de la carencia aguda y estructural) no es corporal sino anímica: la minusvalía, la pérdida de la autoestima. Las políticas sociales del gobierno para paliar esta situación no logran revertir las condiciones físicas y sin embargo agravan el problema antropológico al convertir a sus destinatarios en clientes, en seres dependientes, en mendigos.

3. MANIFESTACIONES

3.1. La manifestación más tradicional de la violencia es la que tiene por sujeto a los malandros: asalto, agresión, violación, asesinato, o herida o muerte incidental de algún vecino en las peleas entre sí o con la policía.

3.2. La nueva violencia, casi improcesable hasta ahora, es la que originan las bandas adolescentes: las manifestaciones son las mismas; pero sin las reglas de juego y la cierta previsibilidad de los malandros. Con ellos nadie está a salvo y puede pasar cualquier cosa; además, al ser menores de edad la impunidad es muy grande. Así como el malandro no suele asaltar en el barrio ni a los del barrio, un adolescente puede asaltar incluso a su madrina. Causa muchísimo desánimo ver a estos muchachitos como perdidos, ya que tienen sus propios circuitos y difícilmente aceptan consejos y ni siquiera compañía. Y sin embargo siguen siendo adolescentes que necesitan el cariño y la comprensión de la familia y los vecinos.

3.3. Otra violencia, demasiado habitual por desgracia, es la que proviene de la policía: en las persecuciones a malandros, redadas, además de los cobros sistemáticos de peaje incluso asaltos y cualquier tipo de arbitrariedad. Una característica de la violencia policial es la discrecionalidad y el maltrato, prevalidos de su impunidad: desalienta que los que deberían ser la fuente de su seguridad sean causa de zozobra. Se presume, mientras no se demuestre lo contrario, la connivencia de la policía con las bandas, sobre todo con los distribuidores de droga (Un efecto de esta connivencia es que los policías que no están conchabados, que también viven en barrios, están tan desprotegidos como los demás, porque los jueces sí lo están, en su mayoría). Causa pérdida de

autoestima verse agredido por éstos que figuran como servidores públicos, pues demuestra palmariamente que no se es considerado sujetos de derechos.

3.4. Todas estas violencias son causadas por personas en cierto modo ajenas al barrio, por lo menos heterogéneas respecto de su convivencia normal y sus pautas de conducta, alienadas en cierto modo de sus costumbres, de su cultura. Pero hay otras manifestaciones de violencia en el seno mismo de la cultura de los barrios. Una violencia muy molesta es la que se causan los vecinos: arrojar la basura, molestar, hostigar o simplemente desconocer hasta negar el saludo. Está la violencia del comadreo, de la descalificación, de los rumores y aun calumnias, que no sólo quitan la fama sino aíslan al inculpa-do y lo hacen proclive a convertirse en víctima. A veces entre familias o vecinos se enconan amistades y el vecindario queda profundamente escindido. A veces la violencia se da en la familia, entre los esposos: gritos, malas palabras, abusos, palizas, o con los hijos o entre ellos como consecuencia de lo anterior. Se llega a la pérdida pura y simple del respeto y la dignidad.

Aun sin llegarse a la situación de las bandas, cada vez es más grave la violencia entre adolescentes por la facilidad con que degenera en hechos de sangre.

Insistimos para resumir que en casi todas las violencias graves anda por medio la droga.

4. EFECTOS

4.1. La violencia afecta de modo diverso a los distintos habitantes del barrio.

4.1.1. A los niños (que en cierto modo están al margen, que se dan cuenta de todo sin poder incidir en ello y que no están aún psicológicamente constituidos) por una parte les altera el siquismo y las expectativas; pero por otra su posición lateral les permite una cierta reserva, que es libertad, en la respuesta. Hay familias que moldean profundamente a los niños, manteniendo con ellos relaciones biófilas y libres, a la vez que sembrando responsabilidades hacia la vida propia y la de los demás. Cuando estas familias tienen prestancia y hay posibilidad de que los niños se encuentren con gente afín o con personas que promuevan grupos afines, la respuesta a la violencia puede ser bastante profunda y constructiva. Hay niños organizados que pueden enfrentarse a la violencia de un modo bastante global no sólo creando sus propios espacios y reglas de juego y rechazándola en su horizonte vital sino incluso llegando a emprender campañas en su contra, que impresionan a la colectividad. Otros en cambio, aban-

donados al medio por sus familias o padeciendo incluso violencia dentro de ellas, se entregan a reproducirla en sus juegos, adoptando, fuera de ellos también, su horizonte e invistiendo como proyecto vital personajes violentos.

4.1.2. Las mujeres son víctimas de la violencia de varios modos, además del machismo (que hoy más que expresión de superioridad es expresión de resentimiento por no estar el macho a la altura de su papel) que se expresa con frecuencia en el abandono, el asalto y la violación. Sin embargo, como consecuencia del machismo, en los barrios (fuera de motivos pasionales) no suele matarse a las mujeres. Este "privilegio" es aprovechado por muchas de ellas para hacer frente a la violencia con gran valentía y consistencia. Muchas mujeres son las que más garra vienen demostrando frente a la violencia, tanto en el hacerle frente en el momento que se presenta como en el no rendirse frente a ella, y denunciarla a la policía y a los medios de comunicación, indagar y buscar respuestas organizadas. Además no pocas mujeres combinan la ternura con el vigor. El dolor de la violencia sufrida dando la cara las aguila y a la lucidez se une la firmeza, la capacidad multiplicada para no quebrarse y dar respuestas constructivas en las que se conjuga la dignidad con el sentido de realidad, y así ellas logran que se mantenga la cotidianidad en medio de las emergencias. Estas mujeres educan profundamente a sus hijos y a sus vecinos.

4.1.3. Hay varones que desde la adolescencia se someten: aceptan como irremediable la situación y asumen el papel de víctimas humilladas y resignadas, llegando secundariamente a colaborar y viviendo en la frustración y el resentimiento, que puede llegar a golpear a otros más débiles. Hay otros que tratan de pasar invisibles haciendo la vida en otra parte y pasando en el barrio desapercibidos. A veces son atacados, pero en todo caso tratan de dejar claro que ellos no son de esa guerra. A veces cultivan un jardín interior, doméstico o profesional. Tratan de minimizar psicológicamente los efectos de la violencia y para eso niegan al barrio como su mundo de vida, aunque mantengan relaciones con algunos por su condición de paisanos, compadres, compañeros de trabajo, partido o religión. No asumen el problema sino que procuran vivir en otro mundo. Tratan de hacerse una alternativa privada. Aunque a veces la violencia destruye sus vidas. Otros finalmente, tratan de hacerse respetar, bien con las mismas reglas de juego de los violentos, bien buscando alternativas, como diremos abajo.

4.2. Además de los efectos en las

personas, la violencia incide profundamente en el ambiente del barrio y en las relaciones que en él se establecen.

4.2.1. Hay indudablemente un cambio de hábitos: las mujeres y muchachas procuran andar en grupo. Todo el mundo trata de no regresar a casa de noche o no salir de ella en la noche sino en caso de necesidad impostergable.

4.2.2. Imperceptible, pero profundamente, se va dando un cambio en el hábitat. Los ranchitos y casas se llenan de rejas. El sector como vecindario, como comunidad integrada, se resquebraja. Se pierde la naturalidad del que se sabe en un espacio propio y compartido. Hay lugares que ya no son de la comunidad sino de "ellos", sobre todo a ciertas horas. La esquina o la vereda disminuyen su función como lugar de intercambio. La calle, como lugar natural de los niños y adolescentes, se convierte en zona de máximo peligro para ellos, no sólo por lo que les pueda ocurrir sino por los malos ejemplos que ven y por la posibilidad realísima de que se perviertan.

4.2.3. La violencia tiende a inhibir las relaciones, tan importantes en el barrio. Provoca una actitud recelosa, defensiva, que tiende a conducir al aislamiento, al confinamiento. Tiende a inhibir la experiencia, que es lo que hace del barrio una zona realmente viva, una fuente de cultura, y a provocar conductas. La experiencia origina la relación, en tanto la conducta masifica y aísla. El efecto fundamental de la violencia es el miedo. Dejarse llevar por el miedo es vivir conductualmente, y perder así la libertad y la creatividad, sustituidas por la reacción.

5. ALTERNATIVAS

5.1. La defensa contra la violencia que está más en la lógica de la cultura del barrio y que ha resultado bastante eficaz respecto de los malandros es entablar relaciones profusas. El que los posibles autores de actos de violencia sepan que alguien tiene muchos dolientes desestimula para que la emprendan contra él, ya por temor a las represalias, ya por miedo a la descalificación con la consiguiente ruptura de los frágiles lazos con el vecindario, ya por el respeto o simpatía que estas personas inspiran en los violentos, que por muy deshumanizados que lleguen a estar, son siempre personas también.

Estas relaciones pueden ser pura y simplemente de poder, y ahí funciona el temor, que sólo protege hasta cierto punto. Es el tipo que hace ostentación de ser guapo y apoyado, por ser el cacique o íntimo de él, por tener contactos importantes con la policía o con el partido de

gobierno o con las propias bandas. Este personaje, si no abusa de su posición, puede sentirse bastante seguro; pero si abusa, despierta fuertes resentimientos que un buen día pueden conducir a un ajuste de cuentas. Otros lo que hacen es rodearse de paisanos y recrear lazos ancestrales reforzándolos con los de compadrazgo. Esto es positivo, siempre que se viva como una identidad abierta al vecindario y no como una piñita excluyente. Más seguro se siente el que saluda con afecto y es un tipo recurrente y se trata con todos y a todos trata bien y es, en fin, una persona popular. Todavía se gana un paso más si la persona cobra autoridad haciendo favores desinteresados, ayudando a quien llama a su puerta o yendo a ayudar al que sabe en problemas y aconsejando. Esta autoridad se refuerza si la persona mantiene una vida digna, es gente de fundamento, de respeto, que el barrio admira y también quiere porque no se encierra en aires de superioridad sino que convive cordialmente. Meterse con una persona así es algo que el barrio repudia absolutamente. Tiene cierta garantía contra la violencia el que tiene un papel reconocido en el barrio: rezandero, curandero, enfermera, el que pone inyecciones, el que sabe como es eso de las oficinas públicas, la maestra de verdad, el tipo práctico y servicial... Suele ser respetado el que tiene un puesto insustituible en el ámbito festivo, por ejemplo un músico solicitado, un buen cantor, un poeta que improvisa coplas o compone versos para las ocasiones. También suele suministrar un buen margen de protección la relación religiosa, sea por vía de las sectas, sea por la de las comunidades eclesiales de base; estas últimas se ganan prestigio (aunque también enemigos en caciques tradicionales) cuando inciden en el barrio de modo positivo y abierto a través de iniciativas para mejorar la vida (que muchas veces se transforman en grupos organizados o en celebraciones basadas en el catolicismo popular).

Hay que reconocer que estas relaciones profusas no son muy eficaces con las bandas adolescentes porque ellas han cortado casi totalmente sus relaciones con el vecindario y no les importa mucho el sentir del barrio, cosa que no sucede tanto con los malandros. De todos modos siempre quedan en ellos zonas profundas de humanidad que pueden responder a estímulos positivos. Aunque a veces se llega a perder de tal modo el respeto por la vida que, sin cambiar radicalmente de ambiente, es casi imposible la regeneración.

5.2. Las relaciones son una solución a nivel personal, es decir desbordan lo me-

ramente individual, pero no llegan a lo estrictamente social. Un tipo de respuesta social, que aunque no supere por sí sola el problema, crea un ambiente que ayuda a resolverlo, es el de no ceder la calle y particularmente los espacios de encuentro. Ocuparlos programadamente en actos comunales de índole diversa, desde los estacionales (Navidad, Semana Santa, santo Patrón, día de la Madre...) hasta otros culturales y recreativos. Hay que tener cuidado para que estos actos no sean vistos por los malandros como reacción contra ellos, hay que evitar cualquier provocación. Deben hacerse de modo puramente afirmativo, positivo. Aunque la ocupación de los espacios compartidos no puede restringirse a actos programados. Lo decisivo tiene que darse en la cotidianidad, en el ratico de la anochecida, en los fines de semana. Sin embargo hay que reconocer que esto no es tan fácil porque se está expuesto a riesgos verdaderos e incontrolables. Por eso son necesarias alternativas más globales.

5.3. Una defensa contra la violencia que está en la lógica de los violentos, aunque se ejercite de otro modo, es la autodefensa organizada, que se está ensayando con éxito. Habría dos modalidades. La más extendida la constituyen las rondas nocturnas, fundamentalmente de padres de familia, de gente de respeto. Controlan los accesos al barrio y los movimientos en su interior y en los casos de mayor organización los vecinos pueden conectarse con ellos y dar la alarma a través, por ejemplo, de silbatos. Esta solución tiene el atractivo de que a la corta es la única eficaz. La violencia se corta drásticamente. A la larga no es fácil escapar a la espiral de la violencia, ya que se obligan a combatir a la violencia con sus propias armas. En efecto, si los malandros matan a un vigilante y los vecinos no responden con más muertes, se pierde la capacidad de disuasión. Pero si matan, además de lo que en sí entraña dar ese paso, se exponen a que los malandros respondan del mismo modo.

5.4. Para paliar este inconveniente ha surgido otra modalidad, que, de funcionar bien, sería lo ideal: reeducar a la policía para que sea policía de los vecinos, integrada a la comunidad y a las órdenes de sus representantes organizados, dentro, claro está, de las directrices de sus propios comandos. Y por otra parte tratar de convencer sistemática y pacientemente a los malandros de que tienen un sitio en la comunidad y es más gratificante para ellos integrarse a ella, aun con la pérdida consiguiente de su capacidad adquisitiva. Claro que esto requiere que la comunidad realmente lo sea, que los vecinos se conozcan y respeten y quieran vivir como

tales, y que sus representantes, democráticamente elegidos, tengan mecanismos mediante los cuales se obliguen a responder por sus acciones ante la comunidad. Esta modalidad puede funcionar óptimamente en barrios pequeños y aislados, como sucede en Caracas con Los Erasos. En zonas extensas sin solución de continuidad, como son los barrios de Petare o Catia la solución debe ser necesariamente más compleja. Se requiere la organización de muchas comunidades, que sea realmente de base y de una base bien articulada para que pueda presionar eficazmente al gobierno para que cumpla con su papel de garantizar la seguridad. El acuerdo con la policía a esta escala mayor es mucho más difícil, ya que están en juego grandes intereses, sobre todo la droga. Esta sería la única solución radical; pero el inconveniente es que no puede darse sino a largo plazo, ya que se requieren transformaciones profundas en la constitución de las comunidades, que equivalen a la reconstrucción de una verdadera cultura de la democracia. El barrio tiene que llegar a ponerse de acuerdo acerca de qué va a ser aquello que no va a tolerar. Porque el barrio no puede ser inquisidor ni suplir a los representantes de la ley. Una cosa es lo que la comunidad organizada propone como ideal y como caminos para realizarlo. En esta dirección de las propuestas positivas, cuanto más y más variadas (para que quepan todos) mejor. Está luego la zona de lo que no se aplaude, de lo que se desestimula, de lo que se ve mal; pero con lo que se transige porque la tolerancia es mal menor que el mal que significa coartar la libertad. Y está finalmente lo que impide la vida de la comunidad por presentarse como amenaza permanente a la vida e integridad personal. Eso es lo que tiene que reprimirse mancomunadamente, con el concurso de la policía. Lo demás debe superarse por la vía del estímulo, conservando siempre un amplio margen de tolerancia.

En definitiva el dilema es la palabra o la guerra. La palabra que reconoce al otro, que exige y perdona, que despierta, que convoca, que organiza y moviliza, que persuade, compone, concede y acuerda, que celebra. O la violencia que es muda, contundente, irremisible. Dicho de otro modo, el dilema que se plantea es el de la violencia de vida o la violencia de muerte. La violencia que hay que hacerse a sí mismo para tomar la vida en sus manos y unirlas a las de los vecinos o la violencia que hay que padecer o infligir a otros; la violencia de dar la cara y organizarse o la violencia de matar o morir. La alternativa que proponemos es la violencia de vida como superadora de la violencia de muerte.